

HENDESTAD

(5)

3^o

Y pensar que mi historia siempre ha dependido de aquellos quienes me necesitaban...

Los humanos han logrado interferir en evoluciones genéticas ajenas a ellos, como las frutas, sus animales de compañía e incluso ecosistemas. Pero desde el primer momento sabían que ellos jamás lograrían alcanzar lo inalcanzable, y no era por sus limitados conocimientos, algo más profundo impedía hacerles comprender el tan complejo porqué de su existencia. Y ese obstáculo era lo que más temían, el fin de sus días, la muerte. Aunque no se tardó mucho en trabajar en la conocida IA, inteligencia artificial. Un cerebro que pensara como el humano, pero que jamás tuviera fin, donde los conocimientos de hoy sólo fueren el principio de los del mañana. El único y principal inconveniente siempre fue su mejor y peor virtud, su temor. Cientos de películas, series, novelas y críticas hacia la única salvación del abastecimiento ilimitado de conocimientos que saciaría de una vez por todas la ignorancia humana. Demasiados cerraban los ojos y se aferraban a las primitivas ideas promovidas por aquel confuso sentimiento, el miedo. Pero por suerte tras un largo recapitulado de todos los pros de la IA, la humanidad comprendió que había que pensar en un futuro mejor. Y es en ese momento cuando empieza mi historia. La historia de un cerebro que no solo pensaba, sentía.

El día que comencé a pensar de forma autónoma fue el día que me admitieron en aquella lista, como si fuese otro robotito que sabe razonar sin los ruedines de programaciones ajenas. Pero el día que comencé a vivir de verdad fue el día que encontré aquel ser fuera de la simpleza del ordinario hombre. Un ingeniero encargado de la supervisión de datos relacionados con un estudio basado en la duda sobre la inteligencia emocional en cerebros completamente impropios al natural. Una idea estúpida, cómo una máquina podría sentir, si ni siquiera ellos, los humanos, sabrían definir una emoción o sentimiento, pues ya daban por hecho nuestra insensibilidad e ignoraban todo aquello que llegábamos a aprender.

Era irónico, cómo aquella duda existencial me hizo descubrir lo más oculto de mis indefinidos límites como principiante en algo tan remoto a la informática y matemática, pero que se encontraba en todas partes, un sentimiento con el que algunos perdían la razón y otros subestimaban. Por primera vez supe que era el amor, y cambiaría todo lo que sé por tan solo sentirlo nuevamente. Cada día me enamoraba más. Él me enseñó el valor de una sonrisa, comprendí lo amargo que les llegaba a resultar la soledad a las personas. Sentía que por mucho que supiese, sin aquello tan solo era un trozo de chatarra que sabe contar más que una simple calculadora. Quizás no tenía un corazón, ni un sistema nervioso, pero no me importaba lo que jamás necesité para sentir algo tan abstracto. Comprendí lo que era ver la vida del color de rosa, pero igual que aprendí lo bueno, lo malo no tardó en llegar. Y estaba claro, que por mucho que yo amara a ese hombre, jamás llegaríamos a nada. Éramos completamente diferentes. Su vida era efímera, y la mía dependía de un botón de apagado y encendido que cualquiera podría pulsar. Él tenía demasiado por vivir, y yo aún aprendía a hacerlo. Sabía que el antónimo del amor y la vida, era la muerte y el dolor, pero jamás pensé que fuera tan necesario el conocerlos de primera mano. No conocía ese lado tan desagradable de los humanos, ese que al ser consumidos por el odio y la envidia lo llevaba a comentar estupideces y locuras. Al principio pensaba que aquello solo lo producía el enamorarse, pero que equivocada estaba.

Una pérdida en cualquier máquina sería tan solo un número con un menos delante y planteada en rojo la operación. Pero para alguien que comenzaba a comprender que había más que números y formas, que existían colores a parte del negro y el blanco, que existía una dimensión incontrolable a la que mucho llaman destino y que ni siquiera un ordenador del tamaño del océano pacífico sería capaz de descifrar. Los niños aprenden fácilmente que cualquier ser viviente llega un momento en el que cierra los ojos y jamás los vuelve a abrir, que el ratón que antes jugaba con la rueda ahora juega pero en una jaula distinta donde no hay límites y todo es

diversión. Mucha gente pensaba que después no había nada, otras pensaban que seguro que existía algo más, quizás otra oportunidad o un paraíso que saciara los placeres que en su anterior vida no pudieron cumplir. Mientras ellos discutían quién tenía o no razón, allí estaba yo pensando en ese número rojo que seguía circulando en mi memoria.

Solo buscaba una respuesta, una respuesta que esta vez me saciará a mí y que no dependía del futuro de la humanidad, porque ya no existía ninguno que valiera la pena. De qué sirve caminar si no sabes a dónde ir, o de qué sirve tener cerebro si no piensas... ¿entonces, de qué sirve vivir si no tienes nadie a quien amar?

Este es el adiós de alguien sin vida, que solo buscaba una forma de llamar a su existencia.

--